

III.

Tal es hasta cierto punto la historia de todos nuestros partidos. Ninguno hai que no haya principiado por ser un partido personal. Por eso, los partidos medios, los partidos tercer partido, no han tenido sino una existencia efímera. Esto comunicaba cierta inflexibilidad a los campos rivales, que hacia imposibles las mútuas concesiones que acercan. Era forzoso ser creyente ciego o ser tráfuga; no se conocia ni el libre exámen ni la libre opinion.

De esta manera, cualquiera personalidad que no se plegaba a una de las dos fórmulas la conservadora o la liberal, era una especie de emigrado en el interior, que no ejercia ninguna influencia séria en la marcha de la política. Cada uno le rodeaba i le habria de-

seado hacer suyo; pero imponiendo, no recibiendo condiciones.

En aquel entónces, todo partido era un candidato i todo candidato un partido. Un partido sin candidato habria sido un ejército sin bandera, sin voz de órden, sin jeneral. Jamas desamparaban los partidos su candidato, porque era su fé, su credo, su programa, su fianza ante los pueblos. Así, en política, se tenian mas compromisos que convicciones.

Hoi todo esto se va. Los partidos fuera del poder no tienen la adoracion de ningun candidato, i viven i esperan sin embargo. Esto tiene un significado bien consolador. Se vé en ello, por una parte, la prueba de que los partidos no necesitan de una personalidad estrepitosa para vivir, i se vé, por otra, que sienten no basta ya ni un hombre ni un nombre para arrastrar la opinion. Esto lo confirma el mal suceso de los trabajos que se han iniciado para hacer recluta exclusivamente con el prestigio de ciertos nombres. Nada se ha conseguido en ese camino. ¿Por-

que habia diverjencia de intereses? N6, porque habia encuentro en las tendencias. Sin duda que los ajentes estaban dispuestos a las concesiones; pero no lo estaba la masa, i era necesario contar con ella.

Esto, bajo modestas apariencias, es todo un progreso, porque es un poderoso sntoma de vida libre. All donde cada personalidad se afirma, se siente vivir, piensa, all hai un pueblo, ciudadanos, conciencias, convicciones.

Muchos no se dan cuenta de nada de aquello; pero, sin saberlo i aun sin quererlo, sufren la influencia de esa saludable transformacion del espirtu pblico, que es una de las seales caractersticas de la hora presente i una de las garantas del porvenir. Esto desorienta visiblemente a nuestros mejores directores de orquesta. Los antiguos procedimientos principian a ser inutiles. Resistirán aun, mas o menos tiempo; pero, al fin, tendrn que sufrir la presion de los acontecimientos, siempre mas poderosos que los hombres. Es un hecho que estamos en un mo-

mento de transición, en el que nadie sabe bien ni lo que quiere, ni lo que busca, ni a dónde va, ni el viento que realmente sopla.

¿Qué saldrá de aquí? se preguntan angustiados unos, confusos otros, algunos contrariados.

Por nuestra parte, nada que nos espante hallamos en lo que saldrá de aquí:—saldrá la libertad.

IV.

—Sí, la libertad! Todo lo que la estorba el paso va cayendo. Los impacientes se van; se van los conservadores inflexibles; se van, se ocultan o se disfrazan cuantos adoran en la fuerza; la prensa ya no es un peligro; el derecho de reunión ya no es una amenaza; la opinión empieza a tener sus fueros; no hai, en fin, ningún partido que se aventure a protestar de esta corriente de fuerza i expansión

que arrastra con cuantas tradiciones, preocupaciones i hábitos se ataban, como una bala de galeote, al pié de la libertad. Nadie teme nada de ella. El pais solo teme lo que pudiera intentarse contra ella.

Pero tal reaccion no tiene de dónde venir ni tendria en qué apoyarse. ¿Quién no saluda hoi a la libertad? Quién no quiere contar en su hoja de servicios alguna campaña hecha en su honor? En este momento, vemos ideas, intereses, aspiraciones, propósitos que se chocan; mas no vemos nada ni nadie que pretenda constituir sistema, escuela, iglesia fuera del criterio de la libertad. La eterna vencida de otros dias parece haber alcanzado ya una victoria definitiva. Hasta la guerra, su enemiga tradicional, viene a pedirle su alianza; i esta alianza aprovecha a ambas: es fuerza para la guerra; es una alta afirmacion para la libertad.

Si es un hecho que la libertad ya ha cesado de ser temida, es un hecho tambien que es capaz de todo esfuerzo, de todo deber i de toda solucion. Volverle la espalda, es dejar

voluntariamente el puerto por el escollo; es algo mas, es perderse sin objeto.

No hai partido que, fuera de ella, pueda cosa alguna. Ahí está su vida de estos últimos tiempos. Ninguno se ha alejado impunemente de la libertad. Pronto se ha sentido débil, incierto i hasta con presajios de motin en sus filas, sin que fuera parte a preservarlo ni aun ser el partido poderoso. Sus jefes creyeron por un instante que, siendo el poder, bien podian renegar de la libertad; pero pronto advirtieron su engaño, i les vimos cubrir su retirada tras la lei esplicativa del artículo 5.º de la Carta. Aquello fué una amonestacion a todo el mundo, que a todos conviene no olvidar: espíará su mala memoria quien la olvide.

V.

Los partidos se acercan o se alejan de la confianza pública, segun las garantías que dan a la libertad.

Dude quien quiera de esta afirmacion. Nuestra respuesta será emplazarle al campo de los hechos, i pedirle que acierte a vivir, a influir, a triunfar infundiendo recelos sobre su espíritu de libre discusion. Imposible. Por eso es indispensable hacer política liberal, ya obedeciendo a sus convicciones o ya consultando sus egoismos. Se puede ir mas o ménos adelante en esta via, pero es forzoso marchar por ella.

Si esto no lo comprenden ya todos nuestros partidos, es esto, sin embargo, lo que todos hacen. Esto es lo que hacen los conservadores ultramontanos i los conservadores gobiernistas; esto es lo que hacen los liberales que han llegado a puerto de promision i los liberales que aun navegan; esto es lo que hacen, en fin, hasta los nacionales. Cuando riñen, se echan a la cara sus desvios i sus infidelidades con la libertad. Todos se precian de ser los mas liberales ántes que los mas fuertes. Esto no es cierto, pero puede llegar a serlo.

A nadie pide el pais que oculte su bande-

ra, ni que quemame lo que ha adorado i adore lo que ha quemado. Lo que el pais pide a todos es que respeten sus fueros, como creyente, dándole la libertad de su creencia; como hombre, dándole la libertad de su pensamiento, su palabra i su pluma; como ciudadano, dándole la libertad de su voto. Esto obtenido, a nadie rechaza. Solo teme a los partidos usurpadores. Desgraciadamente, todos lo han sido mucho i casi todos lo son aun un poco. Esto esplica las desconfianzas que rodean a los antiguos partidos, a pesar de las prendas que van dando a la libertad.

I se tiene razon. Se ven por aquí olvidos de mal augurio, por allí conversiones demasiado súbitas para una larga impenitencia, un poco mas allá tendencias que pugnan con las palabras. i promesas que no se armonizan con las doctrinas. Esto señala que existe la necesidad de que algo perezca i todo se transforme. El pasado es un naufragio. Los que han confiado a la nave que le lleva su vida i su fortuna, harán bien abandonándola, porque la nave se hunde.

Si no ganan la orilla de la transformacion, entrando en una vida i en un espíritu nuevos, están perdidos.

VI.

Ved, si no, a los conservadores tradicionales, a ese partido que, como los Borbones de Francia, nada ha aprendido ni nada ha olvidado. Nada puede ya por sí solo en el movimiento de la política. Pretende ser siempre dominador, altivo; pero hai en sus pretensiones algo tan fuera de lugar como una infatuacion de vieja nobleza. Ya no vive sino al calor del sol del poder, ni combate sino buscando un partido ausiliar que forme la vanguardia. En realidad, no es otra cosa que un recuerdo i casi un fósil del mundo político. Un eminente hombre de Estado nos decia una vez que “era el mejor lastre de un gobierno.” Sí, cuando un gobierno quiere navegar sin ideas

i trata de reemplazarlas con peso. En cualquiera otra circunstancia es un estorbo.

No será el partido hoi gobierno quien nos desmienta. En la oposicion, compró su alianza al precio de concesiones inmorales i de reticencias cobardes. En el poder, no ha sido mas feliz. En homenaje a su aliado, resistió hasta el último momento a la reforma de la Constitucion, llegó por un subterfujio a la libertad relijiosa, i le falta el valor para cumplir dignamente con las afirmaciones mas terminantes de su programa radical. Esto hace que el partido gubernativo no tenga ni un carácter cierto ni una personalidad verdadera. Ya se acuesta liberal para levantarse conservador, o ya se acuesta conservador para levantarse liberal. Gusta de la libertad, pero teme a la reforma; cree en la discusion, pero se detiene ante sus consecuencias, i vive, en una palabra, prisionero en su propia grandeza. Actitud bien digna de compasion, i que ese partido espía ya en su absoluta falta de iniciativa. De partido de reforma que era, se ha hecho partido de transicion, que parece es-

tar en el poder sencillamente de paso, como un rejente del reino, mientras que llega la mayor edad del lejítimo heredero. Nadie, ni él mismo tal vez, cree que esté destinado a una larga dominacion.

Siempre fué tendencia de los partidos nuevos tratar de buscarse alianzas en los partidos tradicionales. Creen necesario que les sirvan de introductores en el mundo oficial. Ausencia de fé en sí mismos que es lójico les pierda. Es preciso tener el valor de ser uno mismo. Este valor le ha tenido, pero solo a medias, el partido nacional. Le tienen por completo los radicales puros, que son mas bien una aspiracion o una esperanza que un partido. Nada le piden al pasado, todo lo aguardan del porvenir; buscan las convicciones, no buscan las alianzas, porque se curan poco de ser la mayoría con tal de ser la verdad. Esta audacia es la que ha faltado al partido nacional. No queria ser el pasado, pero no se atrevia a ser el porvenir. Rompia con los conservadores, i se hacia, sin embargo, el heredero de muchos de sus malos hábitos;

sentia la necesidad de marchar, marchaba en efecto, i, no obstante, se manifestaba desconfiado del progreso, adversario de la reforma; difundia la instruccion, i temia a la prensa; tenia a su cabeza grandes oradores, i gustaba del silencio de la tribuna i de la docilidad del parlamento; es un partido de luchadores, i temia la lucha; es un partido de hombres nuevos, i se puso al servicio de lo viejo; temperamento, contestura, todo, todo lo llamaba a las grandes audacias i a los grandes esfuerzos, i por una fatalidad estraña, que casi raya en la estravagancia, ha empleado los dones de una rica i vigorosa organizacion en resistir al progreso por la libertad en honra del progreso por la autoridad. Era el poder, i queria que todo partiera de él.—Irás a la grandeza, decia al pais; pero guiado por mí; pero en su dia i en su hora, hora i dia de los que seré yo el esclusivo juez. Mas, como siempre sucede, estos tardaron tanto que él se fué i ellos no llegaron. Ah! si hubieran llegado, él no se habria ido.

Quién sabe si no lo comprende. Si lo com-

prende es uno de los partidos que mas puede aguardar del porvenir. En sus filas están dos altas intelijencias rodeadas de hombres que tienen la práctica de los negocios. Uno siente verlos léjos del poder; pero al mismo tiempo, teme que se acerquen a él demasiado en tanto que no den pruebas ciertas de que ya no son el partido esencialmente gubernamental que fueron.—Navegad con la corriente si no quereis contaros entre los náufragos de la nave del pasado. Si navegando contra la corriente en la galera del poder, zozobrais, ¿qué podeis aguardar de esa peligrosa travesía en el débil esquife de un partido?

Tener un programa es lo que mas necesita el partido nacional. Su credo es un secreto aun para sus mismos iniciados. Esto era, tal vez, una comodidad cuando ocupaba el poder; pero, estando abajo, la cosa cambia. Aquí es preciso saber lo que se quiere, para poderlo decir i no hacer una oposicion sistemática i estéril, que, si molesta a los gobiernos, ya no cautiva a los pueblos ni da una sólida popularidad a los hombres. No basta

señalar lo malo; es indispensable señalar lo mejor. Ha pasado la época de los partidos esclusivamente de demolicion. Si Chile quiere marchar, tiene el buen sentido de precaverse contra el riesgo de aguardar a la intemperie mientras que se le levanta el nuevo hogar. No serémos nosotros los que censuremos su prevision.

No se llega a la victoria por el ancho camino de la legalidad, sin tener una bandera i una creencia capaces de atraer convicciones elevadas i propósitos jenerosos. Fuera de aquí, solo se toma el poder por asalto: se le toma por un motin feliz o por una feliz casualidad. Pero los motines felices ya se han ido para no volver, i las felices casualidades son escasas: 1861 no se repetirá dos veces. No lo olviden los partidos, ni los de arriba ni los de abajo. Cuando uno está al frente de los negocios i es el poderoso, el vencedor, existe cierto desden magnífico por los principios que se sustentaron en la hora de la adversidad, la prueba i la lucha; se les mira casi con la misma distancia que el advenedizo

esperimenta por cuanto le recuerda su pasada oscuridad. Pero se hace mal. Cuando la rueda vuelve i la fortuna se va, entónces son los arrepentimientos, porque entónces son las espiaciones. Todo partido que, arriba, se mantiene fiel a su programa de abajo, sabe descender noblemente del poder en la hora de la desgracia. Siente que si el poder se vá, no todo se vá con él: le quedan sus creencias i le queda su conciencia. Tales partidos caen, pero para volver a subir fortificados i engrandecidos con la conquista de nuevos elementos. Su desgracia es transitoria.

Los principios son necesarios para caer, para subir i para permanecer en la altura.

Aquí está la fuerza del partido radical. Si se van a contar sus hombres, son unos cuantos. Si, en seguida, se va a pesar su poder sobre la opinion, es escaso. En todas partes está en minoría: en la urna, en el congreso; es el eterno vencido; pero no muere ni se debilita. Su secreto está en ser una conviccion i una perseverancia, que el dia ménos esperado

vereis alzarse formidable. I de no, ¿cuántos grupos que hoi flotan, en la descomposicion que se opera, no se acercan a ellos? cuántos que ayer sonreian a sus pretensiones, no principian a tomarlas a lo sério? cuántos, en fin, fatigados de ensayar partidos medios, que terminan en la apostasía, no fijan ya en ellos su esperanza? Partidos que os creis grandes, predestinados a la dominacion, porque sois el poder los unos, porque sois el número los otros, porque sois veteranos en el movimiento de los hilos de la pequeña política, que gasta tanto tiempo i tanta habilidad en crear mentiras de opinion, mentiras de voluntad nacional, mentiras de voto parlamentario, cuidado! El pais es ya un hombre, i será preciso hacerle política de hombres, o aprisionarle, no con redes, sino con cadenas.

VII.

No se debe ni temer ni resistir a lo que viene por el desarrollo lójico de una sociedad.

Hasta ahora, gobiernos i partidos han pretendido imponer su voluntad i no ser, lo que son realmente, instrumentos de la voluntad nacional. ¿Esta voluntad marchaba a la derecha? ellos pugnaban por inclinarla a la izquierda. Los gobiernos, sobre todo, se han imaginado que esta era una prueba de fuerza i de personalidad. Las concesiones debilitan! ha sido un absurdo que tuvo por largo tiempo los honores de un axioma. Se equivocan las concesiones que se acuerdan, con las que se arrancan. Realmente, estas debilitan porque son una derrota; pero aquellas, ¿por qué habrian de debilitar? Nada es mas natural que un gobierno de eleccion, que no es sino un agente de negocios de sus electores, se incline ante sus lejitimas exigencias. Ceder cuando se debe, es adquirir el derecho de resistir en la hora oportuna i de dirigir siempre. Aquí está el secreto de la grandeza de mas de un hombre de Estado ingles. Peel conservador, Peel prohibicionista, evitó una revolucion social haciéndose liberal, libre cambista. Si hubiera creído que las concesiones debili-

tan, no habria salvado el trono, el órden, las instituciones, la Inglaterra. Lord Palmerston, ese ingenioso político que tuvo una popularidad tan eterna como su juventud, ¿a qué la debió? A ser el primer cortesano del pueblo ingles. ¿Hizo por eso un gobierno débil, desacreditado? Al contrario, fué bastante fuerte para detener el progreso, deteniendo el ensanche del derecho electoral. Tenia encantado al pueblo mas positivo de la tierra, i le hacia creer que le obedecia cuando era él quien imponia su voluntad.

Es indispensable que gobiernos i partidos se resuelvan a desistir de sus pretensiones de imponerse a la sociedad como tutores, i que se hagan sus guias: nadie ha muerto a su guia, muchos sí a sus tutores.

—Para esto se necesita intelijencia.

—Convenido. ¿Pero falta a nuestros partidos?

—Nó, respondemos sin vacilar. Hai intelijencia; mas, frecuentemente, mal empleada en las intrigas de la pequeña política, que vive de ambiciones tan pequeñas como ella;

de la pequeña política que desnaturaliza los caracteres, estrecha los horizontes, i gasta muchas ricas organizaciones en las estériles rivalidades de una guerra miserable, que levanta las medianías sin escrúpulos, miéntras que pone a la puerta a la superioridad.

Las medianías! hé aquí una de las plagas mas temibles. Siempre recelosas i siempre soñando con rivales, no aceptan sino los instrumentos dóciles u oscuros. Todo las sobresalta; son un cojo que anda perpétuamente en busca de un paralítico en quien apoyarse. Cuando ellas están en el poder, hai un talento que jamas falta al poder,—el de dar empleo a los incapaces.

VIII.

Por una parte, la buena estrella de las medianías, que tienen entre nosotros todas las dichas de los escojidos, i la inflexibilidad,

por otra, de las mas eminentes personalidades, esplican los errores i las caidas de gobiernos, partidos i hombres. Las medianías traen el aislamiento de la desconfianza. Las personalidades inflexibles traen el del orgullo.

Hai mas de un ilustre vencido que no debe a otra cosa su derrota. Su inflexibilidad ha hecho que el aire faltara a su política. De tales vencidos puede decirse que no han sido derrotados, que se han derrotado.

Tal es lo que ha sucedido a los dos jefes del partido nacional, los señores Montt i Varas. Pueden tener iguales, no tienen superiores por el talento i el patriotismo; i sin embargo, vencedores en el campo de batalla, en la urna, en el parlamento, rodeados siempre de ausiliares intelijentes i adictos, no han conseguido doblegar a la opinion, que, su eterna vencida, ha sido su pepétua enemiga.

Hai una alta enseńanza en la vida política de estos dos hombres de Estado.

Ambos han llegado a la cima del poder i los honores: el señor Montt ha sido durante

diez años el primer magistrado de Chile i el señor Varas su primer ministro, ya por sí mismo o ya por los suyos. Ambos son tambien los hijos de sus obras. Todo lo deben a su intelijencia. Han peleado las batallas de la vida en todos los puéstos, desde los mas inferiores hasta los mas altos. Esto parecia a propósito para darles una profunda esperiencia de la vida; pero no ha sido así: son hombres de talento, hombres de Estado, no son hombres de mundo. Pasando sin transicion de la cátedra del profesor a los consejos del poder i a los bancos del parlamento, trajeron a los negocios muchos de los hábitos del colejio. Vieron niños en los pueblos, niños un poco mayores, mas numerosos, mas exigentes, mas descontentadizos, i con los que se debia ser, en consecuencia, algo mas severo. De vez en cuando, se podria acusarles de haber salvado la medida i exajerado el rigor. Brillantes oradores los dos, han enseñado mas que discutido, i acostumbrados a ser escuchados en silencio e imponer sus convicciones, el tumulto les irrita i la controversia les exacerba. Por eso,

pródigamente dotados por la fortuna para la vida parlamentaria, no gustaban de la discusión ni de las agitaciones de la tribuna. Solo comprendían el gobierno imponiendo su voluntad al parlamento, no por el esfuerzo de su inteligencia, como oradores, sino por consecuencia de sus influencias omnipotentes, como gobernantes. Esto los ha hecho hombres eclipsadores. A su lado se ha podido prosperar, subir como la espuma, improvisarse alto dignatario del Estado; pero no se ha podido brillar. No toleraban los iguales ni los competidores. Jamas se vió un partido con mas disciplina ni mas cohesión que el suyo: era una falanje; pero jamas tampoco mas inteligencias de primer órden vivieron confundidas entre la vil multitud. Miéntras que el partido nacional estuvo en el poder, ¿cuál partido no se le juzgaba superior por las individualidades que contaba en sus filas? Muchos creían, mui sinceramente, que allí no habia mas que dos hombres de inteligencia: Montt i Varas. El partido nacional ha caído, se ha tocado dispersión a la falanje, i ¿qué

vemos? Que no falta ahí algun soldado que pudiera mui bien ser jeneral de no pocos jenerales de los campos opuestos. Ah! maldita disciplina!

Montt fascina, Varas sacude; aquel es la sagacidad, éste es la fuerza; aquel es una cabeza, éste un corazon; aquel reflexiona mucho, éste siente mucho mas. Hé aquí dos temperamentos i dos caractéres que todo parecia llamar a completarse, i formar así una personalidad doblemente poderosa. Sin embargo, se dañaron en el pasado, i quién sabe si no se dañarán todavía en el porvenir. Cuando la sagacidad de Montt habria estado dispuesta a ceder, la fuerza de Varas, arrastrándola en su corriente, la ha alejado de las concesiones precipitándola en la resistencia; i, al contrario, cuando las espontaneidades de Varas iban, talvez, a estallar en un golpe de brillo, el espíritu frio de Montt se ha interpuesto i detenido el jeneroso arranque. Así, se siente dominar a Varas cuando se lucha, a Montt cuando se reprime despues de la victoria. No se esplica de otra manera que

haya faltado a éste la ductilidad i a aquel la magnanimidad; i la verdad es que una i otra cosas les han faltado completamente. Su política ha sido intelijente, patriótica, infatigable para encaminar el progreso moral i material del pais; pero inflexible i desapiadada. Vencedores, jamas dejaron de hacer sentir a sus adversarios que estaban en desgracia. *Ve victis!* era su divisa. Poder, no cometieron con ella ninguna infidelidad. Vedles en la campaña contra la amnistía de 1858. Todo está contra ellos. Talvez ellos mismos no son enteramente de la opinion que sustentan. La disciplina, el compromiso, el afecto apénas bastan para mantener la unidad en las filas de los camaradas. Se va a derrota segura. A pesar de todo, se libra la batalla i se la pierde. Terquedad abismadora, que tiene algo de las intransijencias del papa infalible o del César omnipotente. Los paises libres nunca simpatizarán con ella porque se acomoda mui mal con la libertad.

Haced magnánima i expansiva la política de estos dos hombres, i su gobierno se conta-

ria, sin contradiccion, entre los grandes de nuestra historia.

Pero no: creian imposible el órden en la calle, la tranquilidad en el palacio, sin mantener una vitalidad poderosa al principio de autoridad. Todo lo sacrificaban a esta conviccion, sin recordar que en la misma medida que aumenta la responsabilidad del poder, se disminuye su fuerza. Un poder es tanto mas fuerte cuanto es ménos responsable. “Miéntras ménos se teme a los mandatarios, mas se les honra,” ha dicho Louis Blanc. Su afirmacion no es un ensueño de filósofo, es una verdad que encontramos perpétuamente comprobada en la libre Inglaterra.

Hé aquí lo que con demasiada frecuencia olvidan los gobernantes, por sistema los unos, los mas por infatuacion. Nada es mas fácil que abusar del poder; pero nada tampoco es mas difícil que hacérselo perdonar.

Abransé de par en par las puertas a la libertad, i se verá como el principio de autoridad se fortalece bajo su influencia. Pierde, es cierto, lo que tiene de invasor, de altanero

e intransijente; mas, ¿qué importa si gana en verdadero vigor? No conocemos ningun poder que haya perecido por la libertad que ha dado; muchos perecen o viven intranquilos i zozobrantés por la que niegan. No son hoy los gobiernos mas fuertes los mas seguros, son los mas libres.

Es esto lo que parece principia a comprender el señor Varas, al entrar francamente en la reforma de la Constitucion i prestar su apoyo decidido a la libertad relijiosa. Todavía se siente aquí al hombre de la autoridad: el señor Varas no acepta la Iglesia libre en el Estado libre, quiere una relijion oficial, un culto asalariado, un presupuesto de la incredulidad; porque si el Estado paga su relijion, está en el deber de pagar las relijiones de los ciudadanos, o constituye un privilejio contrario a la igualdad. Si yo, contribuyente, pago, es para ser servido, no para ser atacado, como me sucederia si, contribuyente protestante, asalariara con mi parte de impuesto el culto católico. Pero el señor Varas se ha puesto en camino i llegará a la lójica, que es

la justicia. Está hoi en la política, que no es sino miedo a un fantasma creado por ella misma, i del que ahora se asusta.

Muchos al verle entrar en el parlamento para tomar parte en este debate, el mas solemne de cuantos recuerda nuestra historia parlamentaria, se sonreian maliciosamente. Quién sabe si no aguardaban presenciar una caida! Pero entró en él alumbrando i arrastrando a su auditorio. Nunca le sentimos mas en su terreno ni mas dueño de sus poderosas facultades. Fué mas ordenado i preciso de lo que suele. Dió nueva vida a una cuestion que parecia empezar a agotarse, i que, sin duda, habia sido sacada de su quicio por la lei explicativa del artículo 5.º

La solucion de la lójica ya habia sido formulada i sostenida por la severa palabra del señor Matta, con esa fuerza que comunica al talento una poderosa conviccion. La solucion de la política tambien estaba ya formulada con todo el brillo de la elegante oratoria del señor Montt. Se creia que el señor Varas no entraria en el debate. ¿Qué podia

decir? El hecho probó que mucho. Apoyando la solución de la política, encontró aspectos nuevos o rejuveneció los ya presentados. Aquel fué un triunfo oratorio incontestable, que sus mismos enemigos no se atrevieron a negar. No pudiendo nada contra su discurso, cayeron sobre su persona, i encontraron un ministro que se hiciera el ejecutor de su triste e inútil venganza. Los eunucos de las ideas i los paralíticos de la intelijencia levantan siempre gran batañola cuando han creído tomar a sus adversarios en contradicción. Se van gritando desaforados:—Al apóstata! I qué es la sociedad i qué el progreso si no una eterna apostasía? Qué es cada error que se abandona sino un error que se apostata? Apóstata! apellidaron los conservadores ingleses a Roberto Peel. La historia le llama grande. El hombre que sacrifica la verdad en aras de la consecuencia, es un cobarde! En ir perpétuamente en busca de la verdad, *cercando il vero*, en eso está la verdadera consecuencia.

IX.

Tal es la consecuencia que quisiéramos hallar en nuestros hombres i en nuestros partidos, i no esa otra que cree un deber marchar hoi por la izquierda, porque ayer se marchó por ese lado.

No es otra cosa la consecuencia con que es frecuente ver tejerse una corona cívica al señor Tocornal, que, despues de los señores Montt i Varas, es uno de los hombres-solmas prominentes de nuestra polftica. Su consecuencia estriba en ser el perenne adversario de la reforma. Esto tiene ya en él mucho de coquetería, tanta es la ostentacion que hace de su espíritu conservador. Miéntras que no pierde oportunidad de manifestarlo, parte mui fraternalmente pan, mesa i mantel con los liberales. Por eso nos permitimos sospechar que su fé conservadora no

sea mui escrupulosa. Lo bautizaron conservador, i conservador se ha quedado, sin otra razon que su bautismo. Su verdadero credo es mas que otra cosa la indiferencia. Político de pocas ideas, sin miras audaces, hombre de conciliacion ántes que todo, se resigna mui cordialmente con lo que existe.

Estas cualidades le hacian mui a propósito para ser el alma de la fusion liberal-conservadora, que las pasiones crearon en 1858, i que los intereses de la victoria mantienen hasta hoi, dando al gobierno una fuerza aparente; pero arrebatándole, en realidad, las convicciones desinteresadas. No le pertenecen mas los liberales sinceros que los sinceros conservadores. Aquellos se le han separado francamente. Quién sabe si estos no tardan en seguir su ejemplo. Que encuentren nuevos aliados, i verémos. La fusion se va haciendo jirones.

Hé ahí la mejor de las creaciones del jénio político de Tocornal, que parece tener passion por representar al embajador. Ministro, en 1862, persiguió durante mucho tiempo

una transfusión de los conservadores en los nacionales, i hai quién asegura que no ha abandonado su idea. Aunque el señor Tocornal aparece en política desde hace largos años, no nos ha dado su medida hasta su último ministerio. Su política fué contradictoria, incolora, tímida. En minoría en el Congreso, pero en mayoría en el país, no tuvo la fuerza de adoptar una actitud; flotó. Hacia entender al parlamento que, siendo la mayoría legal, lo era todo, i mientras tanto no hacia caso de tal mayoría cuando se pronunciaba en su contra. Mayoría i ministerio tenían en la mano, aquella la vida de éste, éste la de aquella. Bastaba con que uno de los dos hubiera levantado en alto la bandera de la reforma. Si era el ministerio quien tomaba la iniciativa, la mayoría le seguía o se anulaba: ya no habia espacio para la pequeña guerra de interpelaciones, votos de censura i acusaciones. Si, por el contrario, la iniciativa venia de la mayoría, el ministerio, por su lado, o tenia que caer, o tenia que seguirla; porque desde esa hora

ya no le pertenecía la mayoría nacional sino siguiendo a la mayoría legal. El camino era llano, el golpe de brillo concluyente; pero ni ministerio ni mayoría parlamentaria se atrevieron a darlo, i ambos se condenaron a vivir en una eterna guerra de palabras, que hizo estéril la tribuna i estéril el consejo: ni éste ni aquella produjeron nada.

Buscando una diversion al espíritu turbulento de la mayoría, el señor Tocornal improvisó un proyecto de ferrocarriles, que llegó a ser lei, pero que no ha llegado a ser hecho. Fué él tambien quien abrió la sima de la deuda flotante, que tantas perturbaciones ha traído al juego de nuestro mecanismo financiero. Fuera de esto, hizo las elecciones de 1864, teniendo por lugar teniente al señor Santa-María. Estas elecciones le trajeron mayoría cerrada en el parlamento; pero, como Moises, solo alcanzó a divisar la tierra de promision. Se interpuso su célebre circular-protesta contra el atentado español en el Perú, i cayó envuelto en ella. Si el señor Tocornal no supo vivir, supo

morir al ménos. Esto hará que mucho le sea perdonado.

Pero, si perdía el ministerio abandonado por la mayoría nacional, su mayoría parlamentaria, le recibía en sus brazos, i le llevaba a la presidencia de la Cámara de Diputados. Esto era caer sobre un almohadon de plumas. Mas parece escrito que el señor Tocornal no ha de presidir mejor un parlamento que un gobierno. Presidente de la Cámara, suelē sucederle embrollar las cuestiones en lugar de aclararlas; es un espíritu que no sabe precisarse. Podría escribir las arengas de Ciceron, nunca una pájina de Tácito. Su cortesía i su tolerancia, que le abandona pocas veces, le salvan. Siempre se tiene paciencia con quien la tiene con los demas. Solo el debate es con él intolerante i hasta burlon a veces. Ya se le impone; ya le arrebatada de entre las manos el hilo conductor; ya se pasa sin su venia, i se echa por esos mundos de Dios sin que su excelencia pueda darle alcance.

Decididamente, Tocornal no es sino un

orador, i no un orador de todos los instantes ni de todas las cuestiones. Como ciertas mujeres hermosas, tiene sus dias i sus horas. Largo tiempo en la brecha, se fatiga i fatiga; su pólvora se agota, su entonacion se hace desapacible, sus concepciones tardías i difíciles; entónces es su fama lo único que le sostiene. Tal lo vimos durante su ministerio. Es cierto que la lucha fué ruda, perseverante, tenaz. Pero dejadle elejir su momento i su asunto, i tendrá golpes felices, que encontrarán un eco simpático en su auditorio.

Si el señor Varas no estuviera en el Congreso, quién sabe si no seria el primer orador de la cámara actual. Su palabra tiene prestigio i encuentra séquito.

En su campo, solo el señor Santa-María se mide con él de igual a igual. Hé aquí dos amigos, segun dicen, que cualquiera tomaria por dos rivales.

X.

Santa-María es un orador que tiene vigor, claridad, ímpetu.

No hai una individualidad política mas discutida que la suya. El señor Santa-María tiene muchos amigos, pero tambien tiene muchos enemigos. El cardenal Dubois diria:—Soberbio, ese hombre vale! Solo los necios se libran de enemigos. Pero, con enemigos i todo, Santa-María sube, tiene su cenáculo, es un camarada que trae fuerza i es un adversario molesto. El señor Santa-María es un temperamento ardiente, pero incrédulo, que gusta demasiado tal vez de los entrebastidores de la política. Hace diez i seis años que lucha en las filas del liberalismo moderado con la perseverancia del hombre político, mas no con la fuerza de convicciones del hombre de principios. Su temperamento liberal se parece mucho al tempera-

mento conservador del señor Tocornal: ninguno de los dos ha nacido para el martirio. Ambos han seguido mas que elejido la corriente que los tomó al entrar en la vida pública. La casualidad dijo al uno.—Serás conservador! i responde a la llamada de su campo. La casualidad dijo tambien al otro:—Serás liberal! i hace otro tanto. Estos dos hombres era lójico que se entendiesen para realizar la fusion. Santa-María decia a nombre de los suyos:—Mi partido quiere reformas. Tocornal le respondia:—El mio no se opone a que se discuta.—Entónces, de acuerdo: discutir es reformar, concluia Santa-María; a lo que, por su parte, replicaba, sin duda, Tocornal:—Discutir es ganar tiempo: i los hijos de Voltaire iban a besar la esposa de su obispo.

¡Qué tiempos aquellos! El liberalismo se golpeaba el pecho i los conservadores juraban por el progreso. La política se hacia semi-sagrada, trascendia a incienso, invadia la sacristía, el salon, el retrete. El señor Santa-María era uno de sus mas ardientes e impe-

tuosos capitanes. Desde ese día tuvo mando, i lo conserva. Aquella fué su primera gran campaña.

Todo esto no afirma mucho la fuerza de sus convicciones liberales. Hombre político ántes que todo, acepta sin vacilar las condiciones que el éxito le impone. Llegar! es su divisa, i va llegando. Ya ha sido ministro de Estado, ha negociado la alianza peruano-chilena, es vice-presidente de la Cámara de Diputados, jefe de partido; un paso mas, i le tenemos de primer ministro.

Hai muchos que le creen hombre de resistencia. Quizás lo habria sido diez, quince años atras, hoi no: el viento no sopla de ese lado, i el señor Santa-María no gusta de navegar contra las olas; la popularidad le cautiva. Sin embargo, no serémos nosotros los que gritemos a su paso:—Tened confianza! El poder tiene tentaciones a las que pocas veces resisten los temperamentos impresionables. Se está en la altura; es preciso abandonarla o luchar: casi todos arriesgan la lucha.